



Ficciones borgeanas

El Minotauro... ahora príncipe

Marinela Pionetti (UNMDP - CELEHIS)

Cuando era chico veía en los cuentos y películas que los monstruos eran malos y horripilantes, y los héroes buenos, y encima fuertes y lindos. Desde pibe, y hasta más grande, hasta que entré en la secundaria, los relatos de aventuras y los dibujitos me hacían pensar que en la ficción (y por qué no, en la vida también) era todo así. Después, *La bella y la bestia* y otras historias de esa onda me mostraron otra cosa, me "movieron la estantería" (como dice mi vieja), que se vino abajo cuando me enteré que había una versión mexicana en que el coyote lograba destruir al correcaminos. Las dinamitas ACME hacían justicia al pobre malo, cansado de intentar liquidar al ave que, a esta altura, ya todos queríamos ver aplastada por los bloques de cemento subidos por el coyote flaco –no sabemos cómo- a los acantilados que bordeaban las rutas del Oeste y que siempre terminaban cayendo encima suyo.

Y la escuela secundaria fue la encargada de demoler –¡Como ahora el coyote al correcaminos! - mi idea de que los buenos eran re buenos y los malos totalmente malditos. Primero fue con las lecturas que nos traía la profe de Prácticas del Lenguaje, donde encontrábamos Caperucitas malas, que se revelaban de su condición de niñas buenas, engañaban al lobo y eran más astutas

que él. Hasta me acuerdo de que una de ellas *se sentó en un canapé/ y se sacó un revólver del corsé*, una frase que me quedó pegada de una que leímos en *Versos para niños perversos* de Roal Dahl, el mismo que escribió *Charlie y la fábrica de chocolates* (que no leí, pero vi la peli y me encantó).

Después, éramos nosotros los que teníamos que convertir en buenos a los malos. Teníamos que imaginar –como en *Monsters Inc.*– que las bestias tenían un costado de buena gente, que en el fondo eran sensibles y se podían conmover. Así, aprendimos lo que la profe nos enseñó como “cambio de punto de vista” del narrador, y volvimos buenos al Cíclope cegado por Odiseo, a la bruja que envenenaba manzanas, al hombre lobo y al viejo de la bolsa, protagonistas de las historias que nos contábamos para hacernos dar miedo cuando, de chicos, hacíamos pijamadas. Ahora, en la escuela, les dábamos la oportunidad de ser buenos, le inventábamos traumas a su maldad y nosotros aprendíamos, también, que todo depende desde donde se lo mire y que está bueno *escuchar las dos campanas* del asunto, o por lo menos, saber que siempre hay dos campanas (cosa que entendí bien gracias a estas tareas).

Pero lo más *jevi* empezó este año, en cuarto, en Literatura, donde al cambio de focalización, sumamos la *intertextualidad*, que es una relación *entre textos*, una característica que tienen las historias de poder tomar cosas de otras, de cambiar el final, lo que a uno no le gusta de la versión original, o si no, mencionarlo, *dialogar con él*, como dice la profe que dice Bajtín. Hasta ahí todo bien, esto estaba bueno saberlo, porque pude entender varios capítulos de los Simpson que,

aunque me gustaban y me hacían reír –igual que ahora- no entendía del todo, como uno en que aparece una hechicera y convierte a los amigos de Homero en chanchos... ¡¡¡jira Circe!! Desde que vimos esto en la escuela, entendí que los Simpson hacen parodias de la *Odisea*, de otras historias y personajes (como las de *Scary movie*, que me hacían reír cuando la vimos en otra pijamada, pero en el fondo, tampoco entendíamos bien).

El problema fue cuando empezamos a profundizar más y más en la intertextualidad, y después de leer el mito de Teseo y el Minotauro, la profe nos trajo un cuento que se llama "La casa de Asterión", de Borges, que está en un libro que se llama *El Aleph*, y se ve que es muy conocido porque ella se demoraba un montón presentándolo (que la fecha, que los cuentos que tiene, que el trabajo con la ficción...), y yo ya quería saber qué tenía que ver Teseo con Asterión. Había escuchado hablar de Borges, sabía que era importante porque todos siempre hablaban de él como "ohhhh Borges" y nunca pensé que lo íbamos a leer en la escuela porque era re difícil (me habían dicho) y no lo íbamos a entender nosotros, pero cuando vi que era un cuento de dos páginas y que trataba sobre la casa de alguien, me pareció que no podía ser tan complicado como decían. Eso sí, tampoco me imaginé que era sobre el Minotauro. Lo que menos pensé fue que a este monstruo se le podía imaginar un nombre propio tan lindo y menos aún, que podía tener una casa, si hasta ahora sólo sabíamos que había nacido de un amor degenerado y zoofílico de Pasifae con un toro y que Minos, castigado por Poseidón y encima, pobre cornudo, hizo encerrar en una cárcel muy sofisticada con forma de laberinto diseñada por el capo de Dédalo.

La profe nos dijo que como ya estamos en cuarto, tenemos que empezar a leer más atentamente los *indicios* que nos dan los cuentos. Dijo que tuviéramos un lápiz en la mano para marcar lo que no entendíamos o lo que nos llamaba la atención. Dijo varias veces que prestáramos atención al título. Qué nos sugería "La casa de Asterión" (mientras movía la mano abierta hacia arriba de un lado para otro, como si hubiera un cartel en el aire) de qué se podía tratar, pregunta que –por supuesto- casi todos relacionamos con la casa de alguien que debía ser importante pero no teníamos idea por qué. Después nos hizo leer el epígrafe que decía "y la reina dio a luz un hijo que se llamó Asterión" de un tal Apolodoro, que tampoco sabíamos quién era porque no leímos nada en la escuela ni lo he escuchado en otro lado, pero me sonaba a "Apolo" y pensé que era algo de los dioses también, más si Asterión era, como me lo había empezado a imaginar, un astro (mmmm... ¿del cielo o del fútbol?).

Leímos el cuento, estuvo bueno. Lo primero que pensé cuando empezó "Sé que me acusan de soberbia...", fue si este que hablaba sería Asterión (en verdad, primero pensé que iba a levantar la mano y decir que el narrador está en primera persona), lo que confirmé al toque, cuando dijo, "Yo, Asterión, soy un prisionero", pero no me acordaba de haber visto a este personaje en otras historias de las que leímos y no encontraba todavía la intertextualidad. Hablaba tanto de la casa, de los pasillos y los corredores, que pensé...empecé a pensar que podía ser el laberinto...y cuando la profe leyó "cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal", dije "¡los que mandaban a sacrificar al laberinto del minotauro!", "¿será el minotauro?",

cosa que comprobamos al final del cuento, cuando apareció Teseo y le dijo a Ariadna: "Lo crearás Ariadna, el Minotauro apenas se defendió". Entonces todo el tiempo estuvimos leyendo al Minotauro contar su versión. Así como lo habíamos hecho nosotros con otros monstruos, ahora la intertextualidad, pero escrita por Borges, que era un genio (no como nosotros que siempre tenemos que corregir un montón de veces los borradores). Borges hacía hablar al Minotauro sin decir que era él y que nosotros nos lo imagináramos. Lo hacía bueno, y a todos nos dio un poco de pena su aburrimiento, sus juegos en soledad "hasta ensangrentarse", sus ganas de encontrar a otro como él, a un amigo que fuera como su otro yo, a un monstruo parecido a él. Hasta nos lo imaginamos indefenso cuando el super héroe se agrandó diciendo que "apenas se defendió". Pero además de bueno, Borges lo hizo príncipe, y eso nos complicó.

El problema nos cayó cuando la profe dijo "bueeeeno, ahora vamos a pensar como detectives, vamos a buscar las pistas que nos da el texto para darnos cuenta de que el que habla es el Minotauro antes de ser nombrado. Cómo se dieron cuenta" y nosotros respondimos más o menos lo mismo: por los pasillos, por los corredores, por los nueve jóvenes...y ella dijo,

- Sí, pero hay algo más...a ver, veamos el epígrafe.

Y leímos otra vez:

- "La reina dio a luz un hijo..."
- Bueno...entonces, quién es la reina - preguntó la profe.

Cri cri, cri cri...

-
- La reina, chicos, quién es la reina

Cri cri.

- Otra pista, a ver... qué era Minos, a qué se dedicaba.
- Era el rey de Creta
- Entonces, su mujer...Pasifae
- ¡La reina!

Entonces el hijo, el hijo que dio a luz era el Minotauro, que ahora –y como lo había dicho Apolodoro- se llamaba Asterión y jera príncipe! Con razón hablaba tan bien y usaba palabras que ni nosotros, que vamos a la escuela, conocemos, como “estilóbato”, “grey” y “misantropía” (que obviamente, tuvimos que buscar en el diccionario del celu). Y ahí viene lo peor, porque la profesora nos hizo ver que, pese a eso, el Minotauro no sabía leer (“jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer”), ¡Posta! Pero, cómo podía ser...no sabía leer y hablaba re finoli. Entonces, nos dictó una consigna para cambiar eso a través de la ficción que, según ella, todo lo puede. Nos pidió que inventáramos un informe en el que propusiéramos educar al “príncipe Asterión”. Para esto, teníamos que rastrear los indicios que daba el texto de que el Minotauro era un sangre azul, un nariz parada, un jcuna de oro!, y que valía la pena ser educado, pobrecito. Además del epígrafe –que, ahora nos dimos cuenta, era una re-pista- nos dijo que había desperdigado por el texto otros datos para que nosotros confirmáramos que, monstruo y todo, la bestia pertenecía a la

nobleza y ahí empezó nuestra parte. "Ver en el monstruo un príncipe", ni *Shrek* lo había logrado del todo, aunque la idea estaba genial.

Al final y después de leer y re re leer (y con un poco de "ayudín" también) nos dimos cuenta de que el laberinto también era una especie de palacio, que el Minotauro, como toda la gente finoli, se asustaba con "las caras de la plebe", que le parecían "descoloridas y aplanadas, como la mano abierta", porque trabajarían mucho y sufrirían miseria, y por eso también rezaban con "toscas plegarias", no como él, que hablaba bien porque era hijo de una reina, cosa que también se encargó de decir: "no en vano fue una reina mi madre". Nos fuimos dando cuenta que era, efectivamente, un poco creído, que tenía un poco de soberbia, de esa que (decía) lo acusaban y que, por eso mismo, iba a castigar a su debido momento. Aprovechaba su nombre para creerse un astro y sentirse tan único como el sol: "dos cosas hay en el mundo que parecen estar dos veces: arriba el intrincado sol, abajo, Asterión". Decía que era único (lo cual en el fondo era verdad...) y que no le interesaba lo que un hombre le pudiera transmitir a otro, lo peor para nosotros, que teníamos que buscar el modo de educarlo. Entonces, de a poco y gracias a Borges, empezamos a ver al Minotauro, no sólo como un monstruo no tan malo y con un nombre de artista, sino, y lo más raro de todo, como un príncipe, como el hijo de la reina Pasifae, que efectivamente era. Y nosotros nos tocaba, nada menos, que pensar en cómo lo íbamos a seducir para que aprendiera a leer.